

Un final feliz para el Gran Hotel

Natalia Jiménez

Dos grandes empresas de la Isla compraron a buen precio el edificio más polémico de Arrecife con la intención de rehabilitarlo para oficinas y apartamentos de lujo. No es un mal fin para el edificio mejor situado y con mejores vistas de la ciudad, aunque, como siempre, se reservará a los ciudadanos de más alto poder adquisitivo. El resto disfrutaremos de él viéndolo en buen estado y paseando por los terrenos circundantes, que vuelven a ser del Ayuntamiento, o sea: propiedad de todos. Todas las demás operaciones que se han planteado hacer con el Gran Hotel serían más costosas para nuestro poco saneado municipio, tanto económicamente como en terrenos. Por lo tanto, si no hay negocios ocultos, parece absurdo seguir contemplándolas.

Dando ese problema por resuelto, todavía nos queda otro más grave, que no podían desconocer los compradores, que es el de los casi doscientos *okupas* que moran en el interior. La dejadez y la desidia han hecho que el inmueble lleve

abandonado demasiados años y lo hayan ido ocupando poco a poco los más necesitados, convirtiéndose en un problema añadido. ¿Se les puede culpar por eso? Claro que no. Pongámonos en su lugar por un momento, imaginémonos sin casa y dedicando todo nuestro tiempo a buscar el sustento con el que llegar a mañana. El Gran Hotel se convierte entonces en un amigo, en un hogar para los desechados de nuestra comunidad. Ellos no necesitan papeles ni permisos, nadie los pide para revolver en las basuras, ellos, simplemente, lo han utilizado como un refugio.

Hablamos de estas personas como si fueran una condena bíblica que nos ha caído del cielo. Alegando que no son de aquí, cosa que no es verdad, porque también hay conejeros, se dice que habría que expulsarlos de la Isla. Algunos van más lejos y piensan que la mejor manera de solucionar los dos problemas es quemar el edificio definitivamente con sus ocupantes dentro. Pero eso nos convertiría en nazis y al Gran Hotel en un campo de exterminio. Lo que no sería, ni mucho menos, un final feliz.

Como todos los problemas complejos, este asunto no tiene una fácil solución, pero la única manera de encontrarla es dedicarle tiempo y dinero. Esas casi doscientas personas son un conglomerado de falta de oportunidades, problemas y circunstancias adversas que les han arrastrado a la marginación y la mayoría no tiene en común más que el domicilio. Pero para nosotros lo más fácil es meterles a todos en el mismo saco de drogadictos y delincuentes. Para mí, un final feliz pasaría por la construcción en la Isla de un centro de aco-

Ellos son el recordatorio permanente, en pleno centro de Arrecife, de que no vivimos en el mejor de los mundos posibles

Un final feliz sería que los más de setenta mil habitantes de la Isla tuvieran un comportamiento humanitario con los casi doscientos desheredados del Gran Hotel

gida donde poder tratar los problemas de forma individualiza y personalizada, para dar a esas personas la oportunidad de reinserirse en la comunidad.

Ellos son el recordatorio permanente, en pleno centro de Arrecife —en los barrios la marginación no levanta tanto escándalo— de que no vivimos en el mejor de los mundos posibles. Son la evidencia de que esta sociedad crea desigualdades, que convierten a algunas personas en desperdicios humanos.

Nuestra única reacción ante ellos es volver la cabeza; la miseria, para un estómago lleno, nunca ha sido estética. Reaccionamos echándoles las culpas de todos los males de nuestras calles, como si ellos fueran la causa y no una consecuencia. Les culpamos de nuestra inseguridad ciudadana, dando más importancia a sus pequeños delitos que a los que ocasionan los grandes delinquentes. Cuando alguno de ellos llegan a realizar un delito por encima de sus posibilidades, como el último robo de un banco, no tardan ni dos días en cogerlos y todos aplaudimos. Cuando un poderoso extorsiona a alguien, todos callamos.

Para ser justos con ellos habría que buscar una solución para cada caso. Para los que delinquen, para los que mendigan, para los que están enganchados a la heroína o para los que se conforman con ahogar sus penas en un tetrabrick, para los que simplemente necesitan tener un alojamiento económico, etc, etc... Un final feliz sería la creación, por parte del Cabildo y del Ayuntamiento, de un centro social con suficientes medios que coordinara a policía, psicólogos, psiquiatras, asistentes sociales, al

hospital y al voluntariado social para que pudieran ayudar a estas personas. La acción policial por sí sola es bastante inútil. Detener a una persona para tenerla que soltar al día siguiente por falta de un lugar donde asistirle es un gasto inútil. Si se considera a los drogadictos como enfermos hay que tratarlos como tales. Y si se quiere disminuir considerablemente la inseguridad ciudadana, repartiéndole la droga a los heroínómanos, los vecinos no tendrían que sufrir los robos que sólo buscan solucionar el próximo pico, como ocurre en la mayoría de los casos.

Si son de fuera o son de aquí no es el problema. El problema es que están aquí afincados y necesitan ayuda. Si los mandan de otras islas para quitárselos de encima, no quiere decir que nosotros tengamos que comportarnos de la misma manera. Un final feliz sería que los más de setenta mil habitantes de la Isla tuvieran un comportamiento humanitario y fueran capaces de ayudar a los casi doscientos desheredados concentrados en el Gran Hotel y a los desperdigados por el resto de los barrios. Sus problemas dejarían de perturbar nuestra tranquilidad ciudadana, quizás tendríamos que echar un poco de agua al potaje, pero nos miraríamos al espejo con más entusiasmo.